

NOTA PREVIA

A fines de 2009 celebramos el vigésimo aniversario de la caída del Muro de Berlín. La verdad es que, salvo muy contadas y honrosas excepciones, la efeméride se ha agotado en anécdotas, en relatos pormenorizados de ésta o de aquella circunstancia, o en análisis puramente epidérmicos, que le han permitido al secretario general del PCE (Partido Comunista de España) escapar indemne tras afirmar que «los comunistas no tienen que pedir perdón por nada».

La circunstancia no es nueva. Entre 1997 y 2000, los comunistas franceses y los italianos habían rechazado en sus Parlamentos la condena de los crímenes en la Unión Soviética, negativa a la que se habían unido los socialistas. La razón aducida era que, hubiesen hecho lo que hubiesen hecho los comunistas, lo cierto es que habían sido los aliados de la democracia a la hora de derrotar al III Reich de Hitler. Esto, al parecer, les exoneraba de cualquier crimen que cometieren en el pasado. La prensa de izquierdas en ambos países aplaudió la decisión (y una parte de la de derechas; en todas partes cuecen habas).

En pleno 2010, los retratos de Stalin han llenado las calles de las ciudades rusas con motivo del 65º aniversario de la victoria sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Numerosas estatuas de Lenin y de Stalin aún siguen en pie en el país. El retrato de Mao preside la plaza de Tiananmen en Pekín y Pol Pot murió sin que ningún tribunal internacional le condenara por el genocidio más brutal y proporcionalmente más sangriento de la historia de la humanidad. En estas condiciones, el que ciertos adolescen-

tes, jóvenes y no tan jóvenes lleven impreso en sus camisetas el rostro de un asesino como Che Guevara es, sin duda, un asunto de menor calado.

En España la situación no es mejor. En los últimos años hemos asistido a una burla de la historia perfectamente orquestada desde el poder, que ha desembocado en una manipulación de colosales dimensiones desde el triple frente político-mediático-judicial. La deserción por cobardía de aquellos que debieran haber puesto freno a tales desmanes, ha facilitado extraordinariamente que el gigantesco proceso de mistificación se encuentre a punto de coronar con éxito su *orwelliana* labor.

Así, hemos asistido a la impostación de las Brigadas Internacionales como «luchadores por la libertad», reverberando los ecos propagandísticos de la Internacional Comunista de los años treinta sin rebozo alguno. Se han tributado homenajes a mediocres poetastros con espantosos crímenes a sus espaldas y se ha ensalzado a asesinos nonagenarios cuyos crímenes —cometidos bajo otras banderas— han llevado a muchos otros al cadalso. Y hasta se han emponzoñado las fuentes mismas de la Justicia para obtener sentencias previamente establecidas.

El 10 de marzo de 2010, el Congreso de los Diputados rechazó una iniciativa de los nacionalistas catalanes de CiU para que se incluyera la matanza de varios millones de campesinos ucranianos —conocida como *Holodomor*— en los textos escolares. Pese a que mediaba una recomendación de las Naciones Unidas en ese sentido, el gobierno socialista se posicionó junto a los demás grupos de izquierda para rechazar la propuesta ya que «no es el Parlamento el foro en el que debe sustanciarse cuál deben ser los contenidos del currículo escolar» (sic).

Es claro que las palabras del secretario general del PCE, cuando aseguraba que los comunistas no tenían de qué arrepentirse, estaban pronunciadas en la convicción de que los comunistas, hoy como ayer, siguen disfrutando de patente de corso para hablar y obrar a su entera conveniencia. El blindaje que les proporcionan los distintos grupos de la izquierda más *respectable* —muchos de los cuales fueron sus víctimas en un pasado no muy lejano— les faculta para todo tipo de desplantes, como sólo pueden acometer aquellos que circulan por el planeta con absoluta carencia de referentes morales.

Este libro viene a recordar que, si los comunistas tienen razón cuando se niegan a ser comparados a los nacionalsocialistas alemanes, es porque su

ratio de crímenes es entre diez y quince veces superior a la de éstos. Que envolvieran dichos crímenes en los consabidos buenos propósitos milenaristas, no sólo no les exime de su responsabilidad, sino que aún la agudiza, porque añade al delito la mentira.

La enormidad de los crímenes comunistas deja sin aliento. En la *Kampuchea democrática*, los cálculos sobre las matanzas de Pol Pot oscilan entre un cuarto y un tercio de la población, en un país de unos siete millones de habitantes (1975). En la URSS, Stalin confesó diez millones de campesinos muertos sólo en el proceso de colectivización. En China, las víctimas del Gran Salto Adelante (la mayor de las operaciones de este estilo emprendidas por Mao, pero no la única) ascienden seguramente a unos 38 millones. El total de víctimas del comunismo puede superar los cien millones, según indican todas las pruebas y declaraciones de los ejecutores.

Decía Stalin que la muerte de un hombre es una tragedia, y la de un millón, estadística. En cierto modo, no se puede dejar de estar de acuerdo con él. Por eso, para que la crudeza de la realidad cuantitativa deje paso al drama humano que se esconde detrás de cada una de las víctimas, no ha querido el autor construir una gran tesis sobre el comunismo o rehacer una interpretación de éste. Ha preferido centrarse en la singularidad del crimen comunista, situando al lector en un entorno lo más preciso posible, e iluminando la sobrecogedora y sombría realidad que padecieron muchos cientos de millones de seres humanos con numerosos testimonios personales.

El ser humano, hasta la irrupción del comunismo, había eliminado a sus enemigos en la convicción de su peligrosidad. Sentimientos como la bondad, la empatía y la piedad tendían a evitar el enseñamiento, la aniquilación completa y el exterminio, aún cuando, claro está, no siempre esto era posible en todos los casos.

Con la aparición de la mutación comunista y la erradicación de los supuestos sobre los que se había construido la civilización, surgió la perversa práctica de la invención de enemigos a fin de tener alguien a quien eliminar. Nunca ningún gobernante, antes o después, había emprendido una guerra generalizada de tales características contra su propio pueblo. Y menos con la crueldad, la extensión y la perseverancia con las que los comunistas lo hicieron. Y de esa guerra contra su propio pueblo, es, precisamente, de lo que trata el libro.



PRÓLOGO

LOS GENIOS DEL TERROR

Si Felix Dzerzhinsky hubiese creído en Dios, seguramente habría sido elevado a los altares. Como alguno de sus ilustres compañeros de aventura revolucionaria, durante su juventud sopesó seriamente la posibilidad de convertirse en sacerdote, en su caso de la Iglesia católica. Su entrega incondicional a la causa, su dedicación sin descanso, el ascetismo de su conducta, la extrema frugalidad de sus costumbres: todo ello hubiese hecho de él un excelente candidato a la imitación de Cristo. Se decía, y se decía bien, que podía pasar semanas enteras sin dormir, tumbado apenas unos breves minutos al día sobre un camastro de dura madera. Se olvidaba de comer, sin hacer del ayuno un propósito en sí mismo, sólo porque no quería restarle un segundo de actividad a su mesiánica tarea, y hasta había roto con su familia para que nada perturbara la implacabilidad de su labor. Pero Félix no creía en el galileo; creía en Lenin.

A simple vista, cualquiera hubiera dicho que su ascendencia era judía: la frente despejada y la nariz aguileña conspiraban para fisionomizarle como hebreo —al modo de no pocos de entre sus correligionarios—, en un país en el que profesar la ley mosaica era cualquier cosa antes que ventajoso. Dzerzhinsky, sin embargo, no era judío, sino polaco, vástago de una rica familia aristocrática a la que abandonó en su temprana juventud para dedicarse a reparar las injusticias sufridas por los oprimidos.

Visitó las cárceles zaristas en distintas ocasiones, sumando una docena de años de encierro en el periodo comprendido entre 1897 y 1917. Las vísperas revolucionarias de Octubre le encontraron en un penal de Moscú,

castigado por su insistencia en desafiar la autoridad —por lo demás, considerablemente laxa— del gobierno de Nicolás II. Había conocido el exilio en el extranjero, huyendo de las condenas que los tribunales zaristas imponían en forma de destierro y marchándose a Berlín. La clandestinidad, añadida a su natural inclination a la más extrema radicalidad, hizo de él un ser fríamente cruel.

Pese a que el orwellianismo revolucionario reescribió violentamente la Historia a conveniencia del poder soviético, la realidad es que los bolcheviques, como el propio Lenin había expresado abiertamente, no creían que llegarían a ver el triunfo de la revolución socialista. Rusia era un país atrasado en términos marxistas, predominantemente campesino, religioso y de mentalidad rural y conservadora. Algunos de los habitantes de su imperio incluso ignoraban que la capital se encontrara en San Petesburgo y, en todo caso, estaban demasiado lejos de todas partes como para tomárselo en serio. No había apenas proletariado, si comparamos la cantidad de población que se dedicaba a menesteres industriales con la que vivía en las provincias dominadas por las «supersticiones de la Iglesia ortodoxa y su pesada carga de oscurantismo». Para los marxistas rusos —como para los del resto de Europa— serían las masas trabajadoras alemanas las encargadas de prender la chispa, ya que el Reich era el país más industrializado del continente; y su partido socialista, el mejor organizado. La revolución en Rusia, fruto de las inevitables contradicciones del desarrollo capitalista, debía esperar tiempos mejores; no era posible construir el socialismo en un país agrícola y de mentalidad medieval.

¿O sí? Muchos años más tarde, este debate marcaría la pugna por el poder entre las distintas facciones bolcheviques. Trotsky formularía algunas sugestivas teorías al respecto que, pasada la mitad del siglo XX, se revelarían certeras. Bujarin trataría la cuestión, acaso, con unas dosis de humanitarismo que estaban de sobra en las manos de quienes cincelaban la historia como blanda cera. Y, sobre ellos, Stalin ejecutaría de modo implacable la tarea de levantar una Rusia como no habían conocido los siglos.

Pero en agosto de 1917, el asunto estaba claro. La Revolución tardaría en ver la luz; los miembros del partido apenas tenían nada que añadir. Ciertamente que una escisión del partido socialdemócrata —los mencheviques—, sostenía la necesidad de propiciar previamente el desarrollo industrial su-

ficiente como para hacer viable la revolución, pero los bolcheviques no eran tan ingenuos, y si se presentaba la ocasión de tomar el poder, no se dejarían amilantar por consideraciones de orden teórico; de todas formas, en Petrogrado —que había reemplazado la germánica denominación, anterior a la guerra, de San Petesburgo—, apenas nadie defendía la necesidad de apropiarse del gobierno por la fuerza: tal posibilidad parecía algo completamente irreal.

Esa casi total ausencia de partidarios de la sublevación entre los bolcheviques contaba, sin embargo, con su excepción. Parecía difícil de sostener la idea de que en la Rusia de los campesinos se pudiera edificar el estado socialista. Sobre tales cimientos, el fracaso era seguro. Sin embargo, un hombre encontró la resolución de tal problema de la forma más natural: este era, precisamente, Dzerzhinsky. Entusiasmado con las jornadas que vivía el país tras la revolución liberal de febrero, se enzarzó en una agria discusión con el camarada Abramovich. El quid de la cuestión radicaba en que había demasiados campesinos; la Revolución Industrial estaba adquiriendo un volumen nada desdeñable, pero la emigración que la hacía posible era demasiado reciente como para que las masas obreras hubieran desarrollado su conciencia de clase. Mientras la proporción entre los campesinos y la población proletaria urbana siguiera siendo tan desfavorable para estos, la Revolución era una quimera.

Empuñando la espada con la que deshacer el nudo gordiano, Dzerzhinsky se permitió pensar en voz alta ante Abramovich: «¿Y si modificásemos la correlación de fuerzas, digamos... sometiendo o exterminando a determinadas clases sociales?».

Alguien podría haber supuesto que se trataba de una consideración de orden meramente teórico, de no haber sido porque el curso de la Historia les daría la oportunidad de mostrar —a él y a los bolcheviques—, que no había un ápice de exageración en sus palabras.

Felix Dzerzhinsky, como creador de la Cheka, no dejaría lugar a la duda.

*

El coche, con los faros encendidos, cruzó a toda velocidad el puente sobre el Moskva, justo donde el río fluye frente a las murallas del Kremlin. A la tenue luz de las escasas farolas, las aguas se veían anaranjadas y quietas, represadas por la delgada capa de hielo que aún persistía en los últimos

días de marzo de 1937. Los frenos chirriaban en cada curva, la carrocería se hundía bajo el peso de seis fornidos agentes.

Abrir una puerta cerrada no era precisamente un problema para unos oficiales de la GPU. Tenían la dacha de su anterior jefe a su disposición durante cinco días. Yagoda iba a ser detenido en unas horas, a media mañana del día siguiente, y esa noche se encontraba en su apartamento del Kremlin. No era una misión rutinaria, desde luego: le habían sido asignados dos tenientes y dos capitanes y, al frente de los cuatro, se había situado a uno de los matarifes más eminentes de la Unión Soviética: Frinovski.

Frinovski, escogido de entre los más cualificados sicarios de Stalin, era uno de los altos responsables de la GPU. Sabía cómo proceder. Su eficacia había sido bien probada, y jamás había fallado. El propio *Vozhd* le había comisionado algunos asuntos especialmente duros: el jefe no olvidaba que él había sido quien erradicara las rebeliones nacionalistas que habían tenido lugar durante la campaña de aniquilación de los *kulaks*, seis años atrás. Destinado al sur, tras apenas unos meses de actividad en el Cáucaso y la zona del Don, Frinovski pudo notificar a Moscú que la operación había concluido y que el único inconveniente que había que lamentar era la obstrucción del curso de las aguas del Volga que desembocan en el mar Caspio debido al amontonamiento de cadáveres.

Pero el responsable último de la operación era el comisario de Asuntos Internos, Yevgeni Yagoda. Hebreo y, por tanto, perteneciente él mismo a una de las minorías de la Unión Soviética, Yagoda sabía bien cómo atizar el odio étnico. Amalgamando el odio de clase con el recelo racial había creado una situación explosiva en el avispero caucásico, que se había extendido como una mancha de aceite a Ucrania y a Kazajistán.

Gracias a él, el gobierno soviético estaba alcanzando grandes éxitos en la guerra contra el campesinado para 1930. Los empobrecidos campesinos ucranianos —a quienes se les había arrebatado todo— odiaban a los cosacos que, a su vez, habían sido depurados y empaquetados hacia el norte; la caza del checheno y del tártaro se había generalizado en toda la zona. Más al este, unos dos millones de pastores kazajos pasaron la frontera china al frente de sus rebaños, dejando libre el terreno, listo para ser colonizado y modernizado de acuerdo a los presupuestos del Plan Quinquenal. La más absoluta de las ruinas que siguió a esta medida no disminuyó la importancia del éxito obtenido con la despoblación.

Además, Yagoda había hecho su trabajo de tal modo que podía exponer con satisfacción los resultados de sus campañas: con 140.000 arrestos, había duplicado la cuota de detenciones y la cantidad de grano requisada sugeridas por el Comité Central. Los considerados como campesinos ricos, los *kulaks*, sencillamente habían desaparecido; el resto del campesinado estaba tan empobrecido que hasta les parecía bien pasar a formar parte de una granja colectiva.

Pero eso había sucedido en 1930. Siete años después, Frinovski, el mamporrero de Yagoda, dirigía la investigación sobre el terreno contra su antiguo jefe.

Ese 29 de marzo de 1937, los cinco oficiales saqueaban con toda tranquilidad la dacha de Yagoda, uno de los dos lujosos apartamentos de los que disponía en Moscú, sin que siquiera se guardara el trámite de la recepción de la orden transmitida por el Politburó. Había prisa.

Todo el mundo sabía que Yagoda tenía sus propios gustos, algunos muy particulares, pero lo que allí encontraron sobrepasó las expectativas más optimistas. El recuento de los enseres que almacenaba entre sus tres inmuebles resulta de lo más revelador: en primer lugar, aquel hombre, que perseguía encarnizadamente a todo el que poseyera producto extranjero alguno, disponía de una enorme cantidad de artículos foráneos. Los encargados de realizar el recuento sonrieron: la cosa prometía.

Lo primero que llamó la atención de los oficiales de la NKVD fue el fetichismo que revelaba la ropa femenina que guardaba en sus armarios. De las diecisiete prendas de abrigo que poseía, la mitad era de procedencia extranjera. Abrigos de astracán, de foca, de ardilla... contaron 130 pares de lujosas medias femeninas de procedencia occidental; 113 prendas para tocarse la cabeza, entre sombreros y boinas; numerosos bolsos; cinturones; trajes de mujer; setenta pares de mallas de seda; casi sesenta blusas; setenta camisones...

Además, disponía de otro tipo de artículos: se le encontró una colección de once películas pornográficas, casi cuatro mil fotografías del mismo estilo y un consolador de goma. A nadie le extrañó en exceso. No en vano, Yagoda tenía una merecida fama de erotómano y mujeriego. Sin embargo, su fetichismo no terminaba ahí: el jefe de la policía política guardaba en una repisa las balas extraídas de los cerebros de los herejes bolcheviques Zinoviev y Kamenev, debidamente clasificadas.

Casi exactamente un año más tarde, el 15 de marzo de 1938, Yagoda fue fusilado en la Lubianka. A su ejecución acudió Yezhov, su sucesor, quien, completamente borracho, se ensañó con el antiguo jefe del NKVD antes de pegarle un tiro. Así ajustaban cuentas los viejos bolcheviques.

*

La figura de Yezhov fue aupada por Stalin a partir del XVII Congreso, aunque en ese momento no tuviera muy claro lo que quería hacer con él. Del «Congreso de los Vencedores» salieron tanto él como Beria, pero mientras este era ya familiar en los ambientes de la policía y de la política del Ministerio del Interior, Yezhov era un semidesconocido que, en general, no resultaba especialmente desagradable para nadie.

Bajo su aspecto inofensivo y hasta afable, en Yezhov acechaba un monstruo fanático y ambicioso dispuesto a cualquier cosa. Desde 1930 y hasta diciembre de 1934 fue jefe de personal del Comité Central, puesto más burocrático que otra cosa. De pronto, tan significativa como inopinadamente, Stalin se lo llevó a Leningrado con motivo del asesinato de Kírov, y él se quedó allí para dirigir las investigaciones. Unos meses después, heredaba el puesto del propio Kírov en el Comité Central. Yezhov tenía motivos para creer que Stalin verdaderamente confiaba en él: años atrás había sido reclamado de un puesto anodino en Kazajstán para ocupar el cargo de segundo en el Ministerio de Agricultura, donde se había convertido en los ojos y los oídos del *Vozhd*, y ahora parecía continuar su imparable ascenso.

Pese a que era lituano de nacimiento, hablaba ruso con acento de Leningrado que, aunque no era lo más recomendable del mundo en la Unión Soviética de Stalin, al menos neutralizaba su ascendencia foránea. Las habilidades de Yezhov no eran solo idiomáticas: se trataba de un gran bailarín, pese a ser cojo, y de un excelente cantante y guitarrista, que servía ocasionalmente de bufón en las enloquecidas orgías alcohólicas que se celebraban en la corte de Stalin, tras los severos muros del Kremlin.

Hasta su nombramiento al frente del NKVD, Yezhov estaba considerado como un hombre modesto y servicial, siempre dispuesto a colaborar en aquello para lo que se le requiriese. Desde luego, por temperamento, no cabía duda de que jamás sería un rival de cuidado para los grandes jefes; con él, la información estaba en buenas manos. Venía, además, avalado por Kaganovich, quien le había patrocinado en sus ascensos, bien

que con el beneplácito de Stalin. Incluso alguien tan precavido y con reputación de moderado como Bujarin era amigo de Yezhov.

Yezhov padecía numerosas enfermedades, sobre todo de carácter nervioso, así como tuberculosis, eccemas, ciática, psoriasis y, muy frecuentemente, anginas. Algunas de estas enfermedades también tenían una naturaleza nerviosa, con toda seguridad, y se irían acentuando a lo largo de los años que estaban por venir. El propio Stalin terció en numerosas ocasiones a fin de que Yezhov —que, por lo demás, era un trabajador compulsivo— se tomase unas vacaciones, pero él procuraba evitar las ausencias de Moscú; en el mundo conspirativo de los bolcheviques, abandonar la guardia, aunque fuese por unos pocos días, podía suponer algo más que la pérdida del puesto de trabajo.

Yezhov trataba, pues, de convertirse en imprescindible. Su personalidad, plena de energía y dinamismo, impregnó la estructura de la policía política y del partido por toda la unión. La eliminación de «enemigos del pueblo» deseada por Stalin fue ampliamente satisfecha por Yezhov que, al enfatizar el deber de las delegaciones del Partido en las distintas provincias de desenmascarar traidores, desató una carrera frenética de denuncias, hasta el punto de que solo pudo ponerse punto final a la locura mucho más tarde, aniquilando al propio Yezhov y a sus sicarios.

Tal despliegue de actividad tenía su coste personal. Yezhov fue sumergiéndose en un universo alcohólico en el que ya no distinguía el día de la noche. Su vida personal siempre había sido un verdadero desastre, pero las responsabilidades al frente de la NKVD resultaron ser demasiado. Por otro lado, caben pocas dudas sobre las capacidades de Yezhov: no fue elegido para el puesto por su desbordante personalidad o por su espíritu de iniciativa, sino por su frenesí activista. Aunque su formación académica resultaba muy básica, era capaz de pasarse días enteros sin dormir antes de dejar un problema sin resolver.

Vestía muy modestamente, con trajes raídos y uniformes deshilachados sobre su raquítico cuerpecillo, lo que contribuía a hacerle más simpático a los ojos de sus compañeros. En modo alguno traslucía la ambición que le dominaba. Con sus subordinados era rudo en extremo; tanto como obsequioso con sus superiores y hasta con sus iguales. Cuando tenía que arreglar cuentas personales solía desahogarse golpeando cruelmente a sus víctimas. Estar al frente de la NKVD le permitiría extender estas prácticas a los otrora jerarcas de la policía o del partido, lo que sin duda le proporciona-

ba un placer añadido: su entusiasta participación en ejecuciones y torturas dejan poco lugar a la duda.

A su repugnante personalidad había que añadirle el singular hecho de medir un metro y medio (1,51 metros, para ser exactos), lo que le valió el previsible sobrenombre de «enano», que normalmente se acompañaba de algún adjetivo escasamente laudatorio; en todo caso está bien claro que se trataba de un hombre zafio en extremo, hasta el punto de resultar ciertamente difícil encontrar en él algo de dignidad. Por ejemplo, uno de sus pasatiempos favoritos consistía en organizar competiciones de pedos entre sus comisarios, en las que vencía el que desplazase más lejos la ceniza.

También es posible que la tradición familiar hubiera condicionado su evolución, dado que su padre era administrador de un burdel, o puede que se tratase de una inclinación puramente personal; pero Yezhov era un verdadero sátiro, un auténtico enfermo sexual, incapaz de rechazar una relación, del tipo que se tratase. Nada le importaba que el objeto de sus deseos fuese hombre o mujer. Tuvo por amante a uno de los viejos bolcheviques, nada menos que Goloschekin, quien había participado en el asesinato de la familia del zar. En etapas anteriores había pasado por el catre de innumerables soldados, e incluso había compartido unas cuantas sórdidas experiencias con algunos compañeros aprendices de sastre, allá por los días de su primera juventud.

Otro de sus pasatiempos era organizar orgías con prostitutas, lo cual le permitía mantener relaciones múltiples al mismo tiempo, una de sus obsesiones. No dudaba en incluir a su mujer, Antonina Titova, en sus perversos juegos sexuales. Ella, infinitamente más cultivada que él, aprovechaba las fantasías de Yezhov para dar rienda suelta a sus frustraciones de todo tipo y buscar relaciones por su cuenta con otros hombres que pudieran satisfacerla más en todos los planos.

En el verano de 1930, Antonina, mientras leía *El Capital*, gozaba sobre una tumbona de las atenciones sexuales de los bolcheviques que paraban por el balneario en el que la pareja Yezhov disfrutaba las vacaciones. Su marido, entretanto, se dedicaba a asediar a todas las mujeres que se ponían a tiro, contento de que otros se ocupasen de las necesidades fisiológicas de su desbordada esposa. Allí, entre otras, conoció por casualidad a Yevgenia Feigenberg, judía rusa de escasas luces pero hermosa y tan promiscua como el propio Yezhov, por quien finalmente dejó a Antonina.

Había tratado a muchas mujeres, pero ninguna había resultado tan incansablemente apasionada por el sexo como Yevgenia, de modo que resolvió divorciarse de su esposa y casarse con su nueva compañera de juegos.

Yevgenia tenía aspiraciones literarias, y se había especializado en escritores. En realidad era una especie de cazadora de estrellas —al estilo soviético, desde luego— con algunas maneras occidentales, adquiridas en sus salidas al extranjero; en 1927, tras un viaje con su anterior marido, destinado en la embajada de la URSS en Berlín, decidió quedarse allí de mecanógrafa. Durante su estancia en la capital alemana conocería a Isaac Babel, a quien seduciría fácilmente, aunque probablemente Babel creyese ser él el seductor. El autor de *La Caballería Roja* mantuvo su relación con Yevgenia durante un par de años en los que ella, desde luego, no perdió el tiempo. A finales de 1928 estaba empleada en *La revista de los campesinos*, notoria publicación moscovita dirigida por el famoso Uritski. Babel abandonó en 1929 la relación que mantenía con Yevgenia y ya no volvió a encontrársela hasta que supo, avanzados los años treinta, que se había casado con Yezhov. Se trataba de su tercer matrimonio.

Después de su ascenso, Yezhov se ganó el apelativo de «enano sangriento» y «enano venenoso» (si bien Stalin le conocía como «el Morita»), pero lo cierto es que todo el mundo vio con buenos ojos su promoción. Al trabajar en la dirección de lo que Stalin demandaba, Yezhov parecía castigar a los culpables, ejecutando a quienes lo merecían. En parte era cierto, ya que las listas que Yezhov presentaba a Stalin estaban encabezadas por un párrafo que rezaba: «Están siendo objeto de investigación las personas siguientes [...]». Las actas que nos han llegado, comentadas por Stalin rezan: «Déjense de investigaciones. Arresten».

*

En el otoño de 1937, unos amplios camiones en los que se leía «Pan» giraban en torno a Moscú. Daban vueltas de un lado al otro de la ciudad, como si estuvieran haciendo tiempo. De vez en cuando asomaba alguno por una esquina y, haciendo un ruido infernal, embocaba la avenida con lentitud. No estaba claro que se dirigieran a ningún sitio en concreto. Acostumbrados a no preguntar, y ni siquiera a preguntarse, los moscovitas los veían pasar, sin sospechar su cargamento.

Moscú, considerando toda la provincia, tenía tres veces más población que la siguiente ciudad de la URSS, Leningrado. Para la NKVD era espe-

cialmente oneroso cumplir las ejecuciones encomendadas, ya que andaba relativamente escasa de medios y, sin embargo, era urgente que así se hiciese. De modo que Yezhov había ideado un método barato con el que, además, se ganaba tiempo: consistía en apilar desnudos, en la parte de atrás de un camión, a los prisioneros destinados al exterminio, atados los unos a los otros. A mitad del recorrido, a través de unos manguitos que conectaban con la parte trasera —en la que se encontraban los presos—, comenzaba a bombarse gas hasta que se inundaba por completo el compartimiento. En unos minutos, todos estaban muertos; el camión con la macabra carga se dirigía entonces a las fosas comunes. Habían muerto de camino.

Yezhov no había sido el primero al que se le ocurrió emplear el gas para eliminar masivamente a los enemigos, desde luego. Es ampliamente conocido que Adolf Hitler había escrito en 1924 acerca de las consecuencias beneficiosas que traería el empleo del gas para tratar a los judíos; pero en 1937 aún no había nadie que lo hubiese utilizado. Sin embargo, su uso no era ajeno a las intenciones comunistas. En la temprana fecha de 1927, el compañero de viaje Kurt Tucholski, pacifista de izquierdas, escribía en *Die Weltbühne* sobre lo deseable del exterminio de las clases altas, en inequívocos términos de odio, a través de un goteo de imágenes sangrientas: «¡Que el gas penetre en los cuartos donde juegan sus hijos! Que se vayan desplomando lentamente esos muñequitos. Deseo una muerte difícil y dolorosa a la mujer del consejero eclesiástico y a la esposa del editor, a la madre del escultor y a la hermana del banquero, a todas ellas. Porque quieren que las cosas sigan así. Porque son perezosas [...]».

Los comunistas nunca habían hecho un secreto de sus intenciones genocidas, pero pocas veces habían expuesto con tanta crudeza el resentimiento y el odio que les consumía.

Stalin no lo hizo solo. Contó con la colaboración de millones de seres humanos y, por encima de todos ellos, de los secuaces establecidos en los aledaños del poder. Tras las murallas del Kremlin, una pandilla de sicarios serviles y aterrorizados, a partes más o menos iguales, convivían con el monstruo, le adulaban, se humillaban hasta ofrendarle sus vidas en holocausto y pugnaban entre ellos por obtener sus favores. Stalin era el árbitro absoluto de la vida en el Kremlin, exactamente igual que lo era fuera de él. A lo largo de los años, las caras cambiaban con frecuencia al otro lado de los muros de la «Fortaleza», pero nadie preguntaba nunca qué había sido

de aquellos que, de pronto, se ausentaban para no volver. Por supuesto, hubieran temblado ante la sola posibilidad de inquirir por el destino de estos; además, era absurdo hacerlo. Todo el mundo sabía dónde estaban.

A lo largo del cuarto de siglo durante el que Stalin fue el «Amo» absoluto del Kremlin, de la Unión Soviética y del comunismo internacional, una espantosa tiranía se apoderó de las almas más cercanas, conservando sobre ellas un ascendente proporcional a la distancia a la que se hallaban los distintos círculos. Es difícil —si es que siquiera es posible— encontrar posturas más abyectas que las que los esbirros del Amo mantuvieron durante este tiempo. En gran parte, es la historia de una humillación como apenas puede rastrearse en las más sórdidas páginas de la Historia.

Si los bolcheviques no hubieran aspirado a convertirse en una especie de mutación en el seno de la especie humana, muchas de las cosas que sucedieron en los países marxistas habrían sido inconcebibles. Algunas lo fueron para el mundo en su momento, e incluso siguen siéndolo para muchos hoy. La aspiración misma del bolchevique no era sino la de fundirse con el Partido, renunciar a la propia voluntad, inclinarse ante sus decisiones como intérprete único de la Historia. La persona, el individuo, no contaba lo más mínimo. Al contrario, debía acostumbrarse a considerarse a sí mismo como la célula de un cuerpo, que era el partido: del mismo modo que aquel desecha de sí lo superfluo, produce excrecencias y liquida las células que ya no le sirven para generar otras que le ayuden a prolongar su existencia, este lo hace con las personas. No hay nadie imprescindible, y todo el mundo es susceptible de ser eliminado una vez desempeñado su papel. Por esta razón, para muchos bolcheviques la única razón de su existencia era la de hacerse imprescindibles, como en las *Mil y una noches*. Para el bolchevique, no hay verdad ni mentira sino en función de lo que decide el Partido, único intérprete de la realidad, el único que puede definir lo que hay que hacer, creer y pensar en cada momento.

«Un verdadero bolchevique», razonaba un comunista de la vieja escuela, «ha sumergido su personalidad en la colectividad, en el Partido, en grado tal que eso le permite hacer el esfuerzo necesario para liberarse de sus propias convicciones y opiniones [...] Está dispuesto a creer que el negro es blanco y el blanco es negro si así lo requiere el Partido [...]» Las convicciones no solo no eran importantes, sino que constituían un estorbo. Lo moral era aquello que sirviese los intereses de la lucha de clases, así

que cualquier otra convicción, conveniencia u opinión debía plegarse inexorablemente a esta demanda, mejor antes que después. De aquí que, como las conveniencias evidentemente cambiaban con cada coyuntura histórica, todo el mundo era susceptible de ser acusado de haberse posicionado en un momento u otro en contra de la línea del partido. Eso fue algo que Stalin explotó de modo infatigable.

Para un bolchevique, el terror era cosa fácil de administrar. Zinoviev había anunciado su disposición —es decir, la del Partido—, a asesinar a los millones que hiciera falta: «De los cien millones con que cuenta la población de la Rusia soviética, debemos ganar noventa para nuestra causa. En cuanto a los demás, no tenemos nada de qué hablar, hay que exterminarlos». Unos años más tarde, el propio Zinoviev pasaría a engrosar el número de víctimas de la Revolución, que sobrepasaría con mucho el previsto de diez millones.

Los bolcheviques insistían: «Estamos exterminando a la burguesía como clase. No es necesario probar que fulano o zutano contravino los intereses del poder soviético. Lo primero que deben preguntar a un detenido es a qué clase pertenece, qué educación recibió y cuál es su profesión. Estas preguntas decidirán su destino [...]». Quien así hablaba era Martyn Latsis, liquidado, a su vez, durante el Terror de los años treinta.

Indudablemente, tanto a Zinoviev como a Latsis se les aplicó su medicina. Porque no se trataba de que estuvieran bien dispuestos a la aniquilación y la ingeniería social. Incluso de cara al partido, Zinoviev se mostraba como uno de sus miembros más implacables:

Preferimos expulsar a una considerable porción del Partido [...] con tal de lograr un solo y monolítico Partido Comunista; lo preferimos a un «parlamento de opiniones» [...]. Conceder la libertad a las facciones, dentro de un partido que gobierna el Estado, significa libertad para formar gobiernos en embrión y paralelos [...]. La más ligera división de poder significa la ruina total de la dictadura del proletariado.

Y, aprovechando para posicionarse contra los trotskistas, añadiría más tarde:

Si pensáis que ha llegado el tiempo de legalizar las facciones y los grupos decidlo, pues, abiertamente. Creemos que no ha llegado aún,

y no llegará nunca, mientras dure la dictadura del proletariado. No llegará, porque esta concesión significaría la libertad de la prensa y en general la libertad de derechos políticos para las capas no proletarias de la nación.

*

La novedad que incorporó Stalin con respecto a Lenin fue la de purgar el Partido. Todo lo demás estaba ya en Lenin y se practicó en sus tiempos, con su consentimiento, cuando no bajo sus órdenes. Lo que a Stalin le valió la condena del XX Congreso en 1956, tres años después de su muerte, fueron los ataques y las purgas operados en el seno del Partido. Quienes le condenaron entonces habían sido sus colaboradores durante largos años, y eran tan culpables como él mismo.

Stalin no fue más que una consecuencia de Lenin; una consecuencia demandada por el Partido que, en varias ocasiones, pudo haberse desecho de él y, en lugar de eso, le entregó el poder absoluto. El Partido marginó a todos los adversarios de Stalin, permitiendo a este hacerse con el poder. Aunque con posterioridad los comunistas pretendieron presentar a Stalin —tratando de salvar lo salvable— como a un raptor de la Revolución soviética, prístina y virginal en sus intenciones: nada más lejos de la verdad histórica.

La posterior revolución china partió del estalinismo más extremo y llevó los propósitos del bolchevismo más allá de lo que los propios soviéticos habían soñado. Cuando Mao triunfó en China, la URSS estaba desentendiéndose del camino que había recorrido con Stalin; pero eso no desanimó a los chinos, que se aprestaron a tomar el relevo de la dirección del comunismo mundial. Las sucesivas etapas por las que atravesó el gigante asiático desembocaron en la Revolución Cultural, monstruosa decisión de Mao de hacer tabla rasa del pasado chino, y que sería incluso superada por la pesadilla genocida de la Camboya de Pol Pot.

El impacto del totalitarismo marxista en los distintos pueblos sobre los que fue impuesto no tiene parangón en la Historia por sus efectos genocidas. Ninguna ideología y ningún estado han resultado tan mortíferos como el comunismo. Lo que se relata en las páginas que siguen es la paulatina degeneración que marcó la evolución del comunismo desde Lenin hasta Pol Pot, sobre todo en lo que tuvo de específicamente criminal.